AÑO 1º NÚMERO 30

FUNTES

LIT. MATEU.

© Biblioteca Regional de Madrid

20 céntimos en toda España

APUNTES

Número atrasado 30 céntimos

PERIODICO SEMANAL ILUSTRADO

Se publica todos los domingos

ADMINISTRACIÓN=VALENZUELA, 10.=MADRID.

A NUESTROS LECTORES

Esta Revista tiene el carácter de amena, instructiva, originalísima y altamente artística, debido á lo cual tanta aceptación ha tenido desde la publicación de su primer número.

Mas no consideran sus propietarios alcanzado, ni con mucho, el ideal que persiguen, que es el de hacer de APUNTES la Revista más importante de España, contando, como cuentan para esto, con la colaboración de literatos y artistas del renombre de Pi y Margall, Picón, Balart, Pérez Galdos, Pereda, Campoamor, Sánchez Pérez, Núñez de Arce, Clarín y Zahonero para no enumerar más; y pintores y escultores como Pradilla, Sorolla, Domínguez, Moreno Carbonero, Jiménez, Aranda, Sala, García Ramos, Villegas, Benlliure (hermans) Muñoz Degrain, Folgueras, Marinas y otros de tanto renombre, cuyos trabajos ampararán los de la gente nueva que en las letras y en las artes comience á señalarse.

Por otra parte, APUNTES dará cuenta de las evoluciones estéticas que vayan surgiendo, de los grandes acontecimientos que se realicen en el campo de la literatura y de las artes; de la vida social, en su aspecto artístico y de la historia de nuestras industrias ornamentales, rehuyendo cuanto no tenga relación directísima con la índole artística y literaria que le informa.

Dentro de algún tiempo, muy poco, esta Revista, cuyas condiciones materiales ya son excelentes, las hará inmejorables y ampliará el número de páginas, sin que por esto se altere en nada el ínfimo precio actual de suscripción y venta.

Madrid, trimestre	2,50 ptas.
„ año	9 „
Provincias y Portugal, trimestre	3 „
„ „ año	11 „
Ultramar y extranjero, semestre	9 „
„ „ año	17 „

Las suscripciones se contarán desde el primer número de cada mes. Pago adelantado.

ANUNCIOS

Se admitirán con arreglo á tarifa en esta Administración.

En la sección de anuncios artísticos son de cuenta de la Redacción de APUNTES" los dibujos, originales y distintos en cada número.

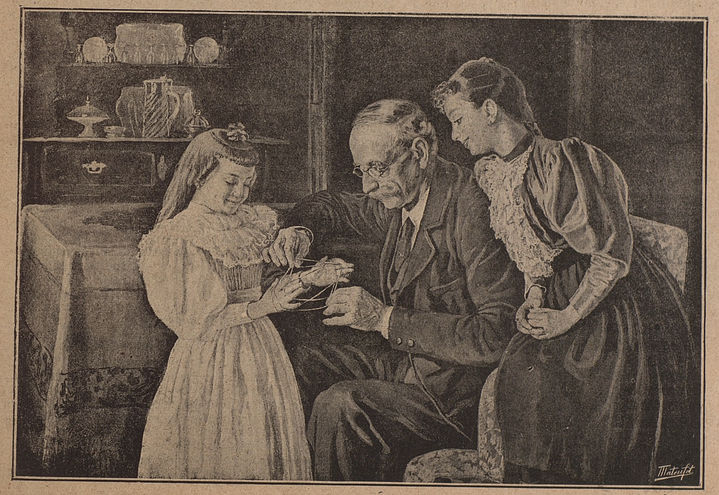
Centros de Suscripción

Papelería Inglesa, Príncipe, 15.—High-life, Sevilla, 14, y en las librerías Guijarro, Preciados, 5.—Fé, Carrera de San Jerónimo, 2.—Murillo, Alcalá, 7.—Suárez, Preciados, 48.—San Martín, Puerta del Sol, 6.—José Ruiz y Comp.ª, Príncipe, 14.—Romo y Fusel, Alcalá, 5.—Hijos de Cuesta, Carretas 9.—Mateu, Barquillo, 6.—New England, Carrera de San Jerónimo, 29.—Carlos Salvi, Espoz y Mina, 17.—Antonino Romero, Preciados, 17, librería.

© Biblioteca Regional de Madrid

R.6410

APUNTES



E. VIVÓ—No sabe.

Año I — Núm. 30

Madrid 11 de Octubre de 1896.

SUMARIO

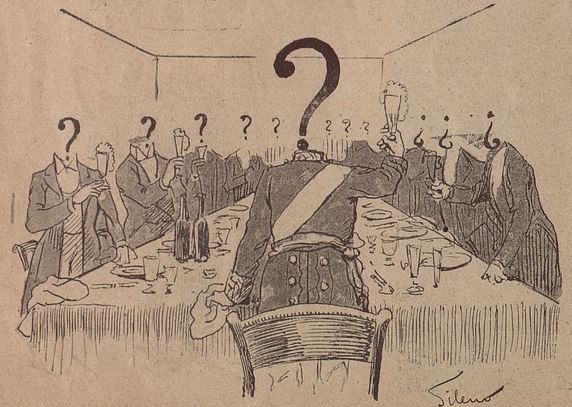
No sabe; cuadro de E. Vivó.
De tejas abajo, por «El editor»; dibujos de Sileno.
El puñal damasquino, por B. Blanco Belmonte; dibujo de R. Hidalgo de Caviedes.
¡Viene! dibujo de E. Varela Sartorio.
Efemérides artísticas.—Rembrandt Harmensz van Rijn, por F. Navarro y Ledesma; dibujo de Moya.
Retrato de la madre del autor; dibujo de Rembrandt.
Retrato de hombre; cuadro de Rembrandt.
La lección de anatomia del Dr. Tulp: cuadro de Rembrandt.
Retrato de Rembrandt, joven; cuadro del mismo.
Sin trabajo; dibujo de Teodoro Andreu.
Diógenes en el Prado, por Dionisio Pérez; dibujo de Fernández Mora.
Apunte del dia, por Sileno.
Distracciones.

DE TEJAS ABAJO

Misteriosas y despeluznantes por demás han sido las noticias, ó, mejor, las maledicencias que han corrido por ahí en la última semana. Los tertulianos de cafés y cervecerías, primeramente, y luego los diarios dispuestos á *acoger en sus columnas las especies más absurdas*, según dicen con optimismo del sistema barato los ministeriales, entretuviéronse comentando lo acaecido en cierto banquete arcano ó hieroglífico, celebrado en no sabemos qué *restaurant*, y entre no sabemos qué comensales, con no sabemos cuál objeto.

No admite duda que el adelantar un notición de ese calibre, envolviéndole en los cendales más tupidos y rodeándole del aparato escénico más apropiado, es cosa que *viste y entona siempre y cuando*, como dicen por ahí. Y si el notición se adereza con una charada ó logogrifo de quintillas, redondillas, ó cosa tal, que parezca y no sea, no habrá incentivo como él, ni excitante ó provocante á la curiosidad que pueda compararsele.

Diario ha habido que, sin pararse á reflexionar, ha hablado, tan terne, de los hijos de Witiza, del arzobispo Don Opas, y, si mal no recordamos, del mismísimo Judas Macabeo; y ahí es donde *veo yo la maca*, porque si los rumores



maliciosamente esparcidos tuvieran viso alguno de probabilidad, todo se les hubiera ocurrido á los diarios, menos salir con historias semejantes.

Por fortuna, dícese que todo está arreglado, aclarado, y, por consiguiente, en disposición de pasar á la colada. Y para *colada*, ya nos parece regular la de los diarios *alarmistas*, adjetivo también de carácter rigorosamente ministerial.

No ha habido, pues, *empalme* entre el banquete misterioso y los otros misterios de que tanto se habló *á punto y seguido*. Algunas otras cosas pueden haberse empalmado; pero los rumores, no. Digámoslo con toda franqueza y libertad de espíritu. El papel de Don Opas no hay ya quien le represente, digan lo que quieran los termómetros y los niños visigóticos de la prensa reaccionaria.

Otras noticias misteriosas, que sí parecen confirmarse al presente, son las de sustituciones y cambios de los generales de Cuba y Filipinas por otros en quien, sin duda, tiene más confianza el Gobierno. Por esta vez se dice que dará en el Blanco... y en el Weyler, y se asegura que en breve tendremos un *primo* en Manila, ya que no logramos tener *un tío en América*, á no ser *el tío Sam*, de cuya herencia no se puede esperar nada bueno. El muy... tío sigue ayudando á los filibusteros con la misma tenacidad que antes, pero con mayor disimulo. Ahora ha inventado un sistema ingenioso, con el cual finge detenerlos, cobra *la puerta*, es decir, la fianza, en buenos y relucientes *dollars*, y luego les da suelta y les da hasta la cruz *Laurada*, con lo cual todos quedan tan *Tres Amigos*. De tal suerte, el *tío Sam* repica y anda en la procesión, es decir, finge perseguir á los filibusteros, y les da el cartucho de perdigones de su benevolencia, á cambio de los *dollars* de la fianza, después de lo cual saca otro cartucho de igual contenido *plúmbeo*, y se lo larga al Gobierno español, con letrero de amistad ó de respeto á las leyes internacionales.

Con gente así da gusto tratar. — *En la guerra como en la guerra* — decimos nosotros; y el tío Sam replica, arrimándose el ascua: *En la guerra y en todas partes, casos y cosas, como en el comercio.*

***

Mientras que estos sucesos se desarrollan allende los mares (comienzo de capítulo en un folletín), no falta por aquí gente que se ocupa en las más triviales é inocentes tareas. Así, por lo menos, debe calificarse á las realizadas en días pasados para la reorganización del partido fusionista, es decir, del partido más *partido* entre todos los que existen en España. Cuando una tinaja está ya *hecha tiestos*, todavía puede acudir un lañador hábil que la componga, para que no se salga el líquido que haya de conservarse en ella; pero si está rota por... vamos, por *la base*, no hay lañas que aprovechen. Así le ocurre al partido cuya base y cimiento fundamental es el Sr. Sagasta. Si fuera posible hacer alguna cosa *bajo la base*, como dicen muchos diputados y *señores de la comisión*, tal vez cabría arreglo; pero como *bajo la base* no hay sino el suelo, y semejante locución es un idiotismo de marca... pues, nada: resulta que ni D. Práxedes ni sus *secuaces* ó *simpatizadores* conseguirán el anhelado *ritorno* en breve, por mucho que intenten soldar, lañar, remendar, zurcir, pegar ó entablillar, según se considere el partido como *lata, barro, paño, tela, madera ó miembro roto*, pues de todas cosas habrá en él.

Está cansado todo el *mundo* de D. Segis–*idem*: la gente contempla con pesadumbre la *idem* de D. Alberto Aguilera, nadie cree en Venancios ni en *Gonzáleces*, y en cuanto al Sr. Maura, la caja de habanos suculentos que nos ofreció con sus reformas ha resultado un *ga-mazo* de tagarninas de á diez céntimos que no hay quien lo fume.

No es que lo haga ni medio bien el Gobierno que en la actualidad nos disfruta: es que, según el refrán acreditado, *para poca salud...*

¡Uf! ¡of! ¡ef! No hay medio de abrir un periódico sin tropezar con alguna de esas tres sílabas de verdadera actualidad. Las fiestas en obsequio de *Lentejica*, digo, del Zar de todas las Rusias, van á concluir, en primer término, con este desventuradísimo soberano y después con todos los adjetivos encomiásticos, entusiásticos y dinásticos del idioma francés oficial. Cuando se escriben estas líneas, hállanse las fiestas *en todo su apogeo*, como dicen también los corresponsales: el sol artificial está funcionando y el *Moulin Rouge* lanzando globos de colores, como de costumbre, pero de colores franco-rusos.

Es incalculable el número de ridiculeces y majaderías que han cometido con ocasión de las *fiestas del Zar* nuestros amables vecinos. Los caricaturistas franceses, italianos y alemanes ya sacan bastante partido de todo ello, pero, á la verdad, hacía falta un observador y un artista de la fuerza del inmortal Daumier ó de Hogarth ó de Goya para hacer con el lápiz la historia de estas locuras, de delirios ó desvaríos de la alianza.

A las tales fiestas, todo el mundo ha asistido cediendo algo de lo que por derecho ó por naturaleza le correspondía: el Zar y la Zarina, que han venido á convertirse en *espectáculo* y asunto de diversión para los boquiabiertos transeuntes, ante quienes han pasado los *autocráticos* conyuges veinte veces al día y cada vez en distinta postura, con diferente traje, como actores que en temporada provinciana sacan á relucir en cuatro días todo cuanto llevan en los baúles: Félix Faure, Bourgeois y todos los republicanos ultrarradicales, obligados á poner á prueba la flexibilidad de una espina dorsal, que, juzgando piadosamente, no debe de estar habituada á tales inclinaciones: el pueblo, al fin, que ha gritado *viva el emperador* y lo ha gritado ni consciente ni inconscientemente, es decir, con entusiasmo, cuyas causas... trabajo le mando á quien las analice.

***

Aquí, en buena hora sea dicho, no tenemos fiestas ni *azaramientos* de esa clase: pero poquito á poco, vamos buscando los medios de divertirnos honestamente. La temporada en el teatro Real se anuncia con grandes *mejoras materiales*. Modestamente creemos, que la única mejora práctica y útil es que la compañía sea buena y que no haya en ella las aves de corral tan propensas á deslizarse en tales *formaciones*.

La Comedia también habrá abierto ya sus puertas, ó, mejor dicho, habrá hecho que las abra Mario tarareando el famoso *ritornello* de *La bruja*:

Todo está igual:
parece que fué ayer...

En suma, que si escapamos de estas y de las otras, vamos á divertirnos de verdad.

Amen dico vobis.

El Editor

(*Dibujos de Sileno.*)

© Biblioteca Regional de Madrid

EL PUÑAL DAMASQUINO

Sobre gallardo potro que el duro freno
de espuma borda,
desplegando á los vientos la enseña noble
siempre gloriosa,
con su mesnada invicta marcha á la guerra
el poderoso Conde de Peña-Rota.

—

—Guarda, bravo Rui-Gómez, mi buen caudillo
guarda á mi esposa;
guárdala, buen Rui-Gómez, porque con ella
guardas mi honra;
vela por Doña Blanca, que á tus cuidados
queda muy sola;
vela, porque he de darte cuando retorne
la mejor joya!
que arranque de las sienes del muslemita,
yo, el invencible Conde de Peña-Rota.

—

Sobre cansado potro que espuma y sangre
lleva en la boca;
dando al viento girones de la bandera

que la sangre enemiga tiñó de roja,
y al frente de su hueste, que en la batalla
ganó victoria,
cubierto de laureles torna á su feudo
el muy ilustre Conde de Peña-Rota.

—

Lleva el Conde, banderas del agareno
para que á doña Blanca sirvan de alfombra;
lleva el Conde, tapices, pebetes ricos
para su esposa;
y lleva, de regalo para Rui-Gómez,
preciada joya:
un puñal damasquino con oro y perlas
que ganó el bravo Conde de Peña-Rota.

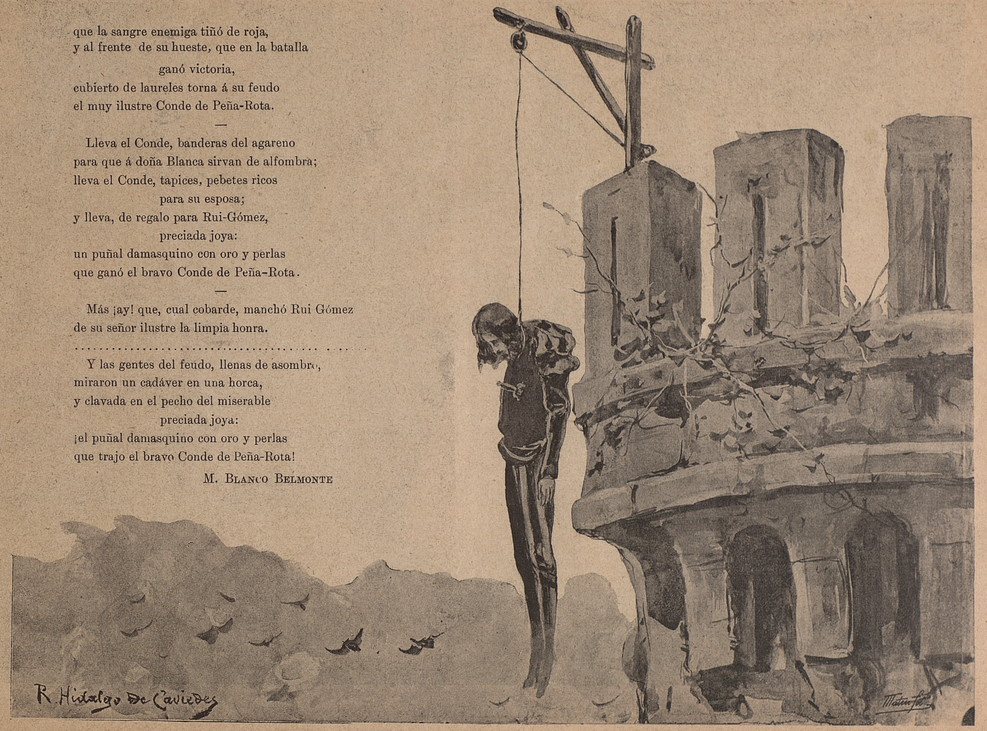
—

Más ¡ay! que, cual cobarde, manchó Rui Gómez
de su señor ilustre la limpia honra.

. . . . . .

Y las gentes del feudo, llenas de asombro,
miraron un cadáver en una horca,
y clavada en el pecho del miserable
preciada joya:
¡el puñal damasquino con oro y perlas
que trajo el bravo Conde de Peña-Rota!

M. Blanco Belmonte



© Biblioteca Regional de Madrid

E. VARELA SARTORIO—¡VIENE!

REMBRANDT HARMENSZ VAN RIJN

Hoy, 8 de Octubre, hace doscientos veintisiete años que enterraron de caridad en Amsterdam á un pintor viejo, pobre y abandonado, que, con una doméstica vieja también, á quien las comadres del barrio llamaban la señora Hendrickje Stoffels, vivía miserablemente en una casita del arrabal.

Corría entre los vecinos la voz de que aquel honrado viejo, de cara redonda, nariz porruda y ojos chispeantes, que se reían sin cesar, desmintiendo á la amarga comisura de la boca grave y hundida, fué en otro tiempo un gran artista solicitado y mimado por todos los ricos y poderosos de aquella villa poderosísima y riquísima. Por desgracia no le quedaban al pobre hombre más residuos ni migajas de aquellas su riqueza y su felicidad pasadas que la alegría remanecida en sus vivos ojuelos, y la afección fidelísima, antes de perro que de persona, de aquella buena mujer Hendrickje, la cual comenzó por asistir y cooperar, como sirviente, á la dicha del pintor cuando éste se hallaba en los días de prosperidades y bienandanzas, y después, cuando llegó la hora de las tristezas y de las privaciones, sirvióle de consuelo, y aun hubo de convertir en verdadero amor lo que sólo era al principio agradecimiento servicial y tierna solicitud doméstica.

Milagros como este de trocar en compañera digna y noble á una simplecilla criatura de inteligencia escasa y de hábitos serviles, otros hombres de genio los han realizado como lo realizó el viejo aquel en cuya corcovada y prosáica figura, difícil hubiera sido reconocer la arrogante presencia del que cien veces se retrató por su propia mano, ora con el arreo marcial de las bravas milicias neerlandesas, ya con los brocados, los encajes y las joyas del gran señor, cuando al estilo de los judíos ricos de Holanda, cuando á la usanza oriental con turbantes de pieles, adornos de diamantes y hasta gruesos pendientes de perlas en las orejas. ¿Cómo extrañar, pues, que la contracción de sus labios y las arrugas de su frente y de sus mejillas negasen tristemente lo que declaraba con espontaneidad y franqueza juveniles aquel rostro plácido, tranquilo y un poquillo burlón?

Decía también la voz pública, y algunos ancianos lo confirmaban, que el viejo aquél, que entonces se contentaba con copiar á la pluma, á la aguada, al agua fuerte ó al óleo su misma rugosa cabeza y la de su sirviente, ambas rebujadas en gorros modestísimos de lienzo, ó en reproducir las cuatro paredes y el menaje pobrísimo de su taller, fué quien veintitantos años atrás pintó el famoso cuadro de los *Arcabuceros saliendo para el tiro al blanco*, en el cual tanto se admiraba el parecido y la naturalidad con que veíanse representados al capitán Banning Cock y á los individuos de su milicia; y antes de esto habíanle servido de modelos personajes de tanta cuenta como el *escabino* Six, los profesores Tulp y Deyman, los síndicos del gremio ó *gilda* de los pañeros de Amsterdam, las hijas casaderas de los más acaudalados judíos de la villa y los burgomaestres y personajes más autorizados, tiesos y respetables.

Largo tiempo había sido el hombre de moda en Amsterdam, sin que por ser rico, universalmente apreciado y famoso, dejase ni un solo día el trabajo, no ya asiduo, encarnizado, insistente, monomaníaco, sobre el lienzo ó sobre el papel, en la madera ó en el cobre. Era, como le llamaron muchos después, el *pintor de la luz*, el mágico de la paleta: el señor Rembrandt Harmensz van Rijn, de quien dijo hace algunos años Víctor Hugo que *pintaba con rayos de sol*.

* * *

Con justa razón se considera á Rembrandt como el maestro *definitivo*, acabado, clásico de la escuela holandesa, como el Velázquez de los Países Bajos. Nadie llegó tan alto como él en aquella admirable escuela que tuvo solamente la verdad y siempre la verdad por principio y norma, y aunque se prescinda en absoluto de poner á Rembrandt al frente de escuela alguna, por no incluirle en clasificaciones que á los genios más les quitan que les dan, no podrá negársele el derecho á figurar en aquellas alturas en que todos son iguales, genios todos, al lado de Rafael, de Leonardo, de Tiziano, y solamente una línea más bajo que nuestro augusto é incomparable Don Diego Velázquez de Silva.

Con elocuentes palabras describe Taine, en su librito *Filosofía del arte en los Países Bajos*, el estado social de Holanda al comienzo del siglo XVII, como fundamento y base de su manera de ser psicológica y artística. Es necesario, dice en substancia, llegar al momento en que se dividieron definitivamente las Provincias Unidas, ya separadas de la monarquía española, para poder marcar distinciones claras entre la escuela flamenca y la de Holanda. Era preciso que el particular genio y seso de los holandeses llegara á desenvolverse, como llegó en plazo muy breve, lo cual prueba su entereza y energía. Aun nosotros mismos, los españoles, tenemos mucho que admirar en aquellas milicias de carácter cuasi civil que con tan duro tesón supieron resistirnos y desesperarnos, en aquellos ciudadanos habitualmente pacíficos y hasta remolones que lograron rescatar de nuestro dominio las cuatro llanuras fangosas y las cuatro ciudades tristes y estrechas de su país, convirtiéndolas en prados sonrientes y en pueblos mercantiles animados y ricos. Aquellos hombres, casi los

© Biblioteca Regional de Madrid

mismos que Rembrandt inmortalizó en sus obras, eran hombres de espíritu práctico, *realistas* en el sentido verdadero de la palabra; práctica y realista hubo de ser la sociedad por ellos constituída, y como la sociedad, el arte y especialmente la pintura.

Muchos autores sostienen que la escuela holandesa de pintura careció de ideal: éstos tales tienen, sin duda, una idea asaz vaga y nebulosa de lo que el ideal sea y signifique. Ante todo y de igual manera que el profesor de Metafísica retratado por Clarín preguntaba á un alumno *¿qué era conocimiento en Valencia?*, se debe indagar ¿qué era el ideal en Holanda? Y el ideal en Holanda era la vida familiar, casera, sin más incidentes que los previstos y señalados por las costumbres, la sencillez de éstas, y sobre todo, la independencia individual absoluta, cuya conquista les había costado tanto trabajo á aquellos buenos burgueses.

Rembrandt vivió y trabajó, precisamente en el período más florido y hermoso de la historia de Holanda, socialmente considerada, es decir, cuando reciente aún la terrible lucha de la independencia, pero repuesto el país de los males y estragos de la guerra, iban creciendo con rapidez las ciudades, prosperando los campos y consolidándose el bienestar general. Aquellos burgomaestres, síndicos y escabinos eran todavía burgueses trabajadores, hombres de conciencia sana y de corazón limpio, muy atentos, sin duda, á su tráfico, pero muy animosos y decididos para convertirse en aguerridos militares siempre que fuera preciso: no habían llegado á constituir esa plutocracia ó aristocracia del dinero, que es la más irritante, antipática é infecunda de todas, y las necesidades que experimentaban eran, á la verdad, las más simples é inocentes y, por tanto, las más artísticas. Reuníanse los notables de una *gilda* ó gremio cualquiera para tomar acuerdos sobre asuntos de su industria: como tales reuniones eran cosa completamente seria y solemne, en cierto modo, los que acudían á ellas vestíanse con sus mejores trajes, en los que la finura de la calidad valía más que la elegancia del corte ni que el exceso del adorno. Verificada la reunión, á todos los asociados les ocurría la misma idea que hoy ocurre en casos parecidos: retratarse y... naturalmente, cuando el gremio era rico, encargaba el retrato á un artista de fama, como lo hizo con Rembrandt el gremio de pañeros, dando origen á que éste pintase aquel cuadro calificado, por un crítico, de *obra maestra entre las obras maestras*.

Como aquellas corporaciones gremiales conservaban su organización militar y no descuidaban los ejercicios bélicos por un exceso de previsión, con mucha frecuencia verificábanse concursos de tiro al blanco, los cuales constituían una verdadera fiesta, á la cual asistían los agremiados con los arreos militares más extraordinarios y lujosos, según ha acontecido siempre con las milicias civiles. Ya había, pues, en esto otro motivo para que se dieran los burgueses de Holanda la inocente satisfacción de verse retratados, y no otro asunto que éste escogió, ó mejor dicho, le fué dado á Rembrandt para el cuadro que casi todos los críticos reconocen como su obra capital. Este cuadro debió de titularse: *Salida de Banning Cock y sus arcabuceros para el concurso de tiro al blanco*. Hoy día, sin más fundamento que el de haberse ennegrecido considerablemente la tela, se le llama y es conocido en todo el mundo con el nombre de la *Ronda nocturna*, aunque nada tiene de lo uno ni de lo otro. Inútiles han sido las pacientes y agudas investigaciones de Mrs. Durand Gréville y Meyer Junior; casi inútil la maravillosa restauración llevada á cabo por el inteligente Mr. Hopmann. El nombre supuesto del cuadro subsiste y nadie le llama de otra manera.

De igual modo que para el arte y para la industria, afirmarse puede que nació en aquella sazón Holanda para la ciencia. Treinta años antes de nacer Rembrandt había sido fundado en su ciudad natal, Leyden, aquella Universidad famosa, cuyos profesores llamáronse Escaligero y Pablo Merula, Justo Lipsio y Vossio: con los estudios literarios y filosóficos vinieron los estudios de medicina y, en primer término, los de anatomía; tampoco aquel aspecto nuevo de la vida social podía pasar inadvertido para el artista, y menos para artista de conciencia tan imperiosa como Rembrandt, y á ello se deben otros dos admirables cuadros suyos, las *Lecciones de anatomía* del Dr. Tulp y del Dr. Deyman, de los cuales sólo el primero se conserva en perfecto estado y, con ser obra de la juventud de su autor, quien lo pintó á los veinticinco años, fué la que más celebridad le dió y es aún hoy la más conocida, aun cuando no tanto como debiera serlo.

Para un criterio tan práctico y de tan sincera ingenuidad como el de los holandeses, la religión había de tener, de juro, carácter tierno, cándido, familiar, más bien que grandeza y sublimidad aterradoras y magníficas; mal se hubieran comprendido en Holanda las arriesgadísimas y espantables formas que el gran Buonarotti dió á sus pinturas religiosas, ni aun siquiera la clásica belleza de las obras de Rafael, ni la potente alegría de las del Tiziano. Por eso Rembrandt, que conocía muy á fondo á los italianos, como ya se verá, se apartó de su manera de comprender los asuntos religiosos, procuró y consiguió adaptarlos al sentir de sus compatriotas y, de ese modo, compuso cuadros de un tono religioso tan amable, dulce y sencillo como el de *Jesús bendiciendo á los niños*, ó el de *Los discípulos de Emaus*, en los que la unción religiosa indudable se expresa en formas tan accesibles á las inteligencias y á los corazones de aquel tiempo, haciéndoles comprender y sentir las escenas representadas como si de actualidad fuesen, lo cual ha hecho que algunos críticos miopes censuren á Rembrandt por impropiedades de indumentaria, de las que él sobradamente se hacía cargo, y lleguen á llamar, verbigracia, *El taller de carpintero* á una preciosísima *Sacra Familia* de este autor.

REMBRANDT—Retrato de su madre.

Llegó, como se ve, Rembrandt á cuanto puede llegar un pintor de juicio: á ser el intérprete de la vida entera exterior é íntima de un pueblo, á retratar toda la sociedad de su época, dando á los retratos el carácter más envidiable: el de la autenticidad indubitada, el de la realidad misma. Obra como ésta solamente llegan á realizarla hombres privilegiados y excepcionales que, para satisfacción y consuelo de la

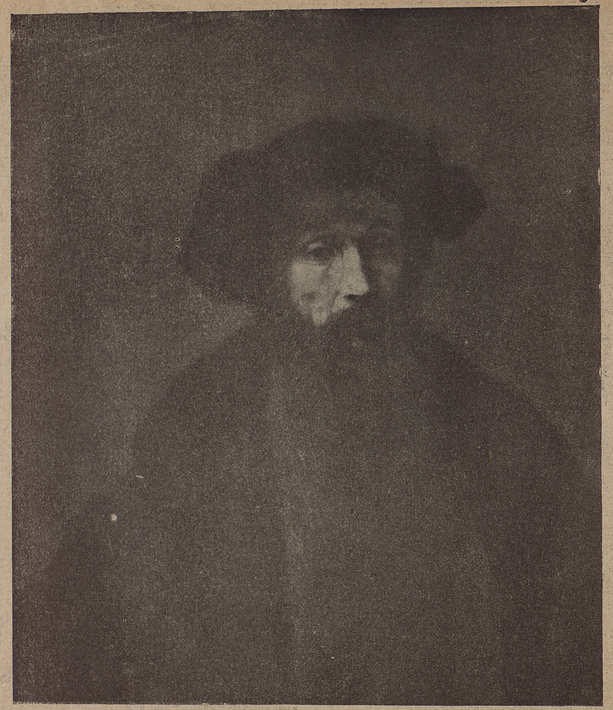
REMBRANDT—La lección de anatomía del Dr. Tulp

© Biblioteca Regional de Madrid

pobre humanidad, nacen con intervalos de muchos siglos. Razón hay para llamar á Rembrandt, con justicia, el Velázquez holandés.

* *

Para poder explicar, aun cuando fuese á la ligera, los méritos del gran maestro de Leyden, sería preciso ver sus principales cuadros, que están repartidos en las galerías y Museos de Holanda, Alemania y Rusia, principalmente. El Museo de Madrid sólo posee un Rembrandt y, por cierto, de los mejor conservados, según atestiguan Lefort y Gonte. Todos nos hemos detenido cien veces ante aquel cuadro que, según el vulgo, representa á Cleopatra y según el Catálogo á *La reina Artemisa en el acto de recibir la copa que contiene, mezcladas con el licor, las cenizas de su marido Mauseolo*. Ni una cosa ni otra: el cuadro es sencillamente un retrato de la muy amada mujer de Rembrandt, Saskia van Uilenborch, vestida con asiático lujo, en actitud reposada y tranquila, sentada junto á una mesa; una chiquilla también lujosamente ataviada le presenta la copa, y en el fondo obscuro de la habitación se adivina, más bien que se ve, otra figura de mujer envuelta en la penumbra. En esta figura conviene fijarse para determinar uno de los principales problemas discutidos por la crítica acerca de Rembrandt. Se ha llamado á éste *el pintor de la luz*, y muchos opinan que más bien debiera llamársele *el pintor de las sombras*, según la preferente atención que concedía al claroscuro, como se ve en muchos de sus cuadros y, principalmente, en el de *Los arcabuceros de Banning Cork*, que,



REMBRANDT—Retrato de hombre.

siendo una escena á pleno sol, pasa y ha pasado por *Ronda nocturna*. Taine explica esto satisfactoriamente, á nuestro entender, diciendo que era Rembrandt un trabajador infatigable, un perseguidor obstinadísimo de la verdad, y que de ella prefería conocer y dar á conocer la parte más difícil y arriesgada: esa lucha indefinible y eterna que en la atmósfera sostienen las luces y las sombras, muy particularmente en países como Holanda, en donde el cielo se halla de ordinario cubierto de nubes. Cosa muy semejante á ésta les ha ocurrido á los más grandes pintores, quiere decirse, á los que, no contentos con reproducir bien la naturaleza *sólida*, tangible, han querido realizar el milagro que había de coronarlos todos, el de *pintar la atmósfera*, el ambiente que hay entre las figuras, que rodea los sólidos y marca distancias y términos, declarándolos mucho más á la vista que la simple relación de tamaños, según reglas de perspectiva. A nadie se le ocurrirá decir que el Rembrandt de nuestro Museo del Prado está pintado por la noche y, no obstante, la sombra en que aparece envuelta la figura del fondo es... probablemente la misma sombra que habría en *Las meninas* de Velázquez á alguna distancia detrás de las figuras, si estuviese cerrada aquella puerta, aquella asombrosa puerta de luz que en la humilde opinión de quien esto escribe, no podía cambiarse ni por la *Disputa del Sacramento*, ni por la *Transfiguración* enteras y verdaderas.

Es pueril comparar este incesante afán que acuciaba á Rembrandt de estudiar los secretos de la luz y de las sombras con el prurito que nuestro gran Ribera tomó del Caravaggio, mejorándole, por supuesto, de buscar efectos de claroscuro violentísimo en las carnes y hasta en los pormenores inanimados. A entrambos, al maestro holandés y al valenciano, se les suele calificar de *duros* por las gentes amigas de la ejecución melosa y acaramelada; pero, de cierto, caso de que lo sean, lo son de muy distinto modo y por causas muy diferentes; como que el Españoleto mancha á fuerza de dibujar y Rembrandt dibuja á fuerza de manchar y *encaja* con la luz, con el ambiente, no con la línea, y así observan con tino Vosmäer y Durand-Gréville que tal vez el ennegrecimiento de la *Ronda nocturna* dependa no de otra cosa, sino de la cantidad de color que lleva un cuadro dibujado á fuerza de paleta.

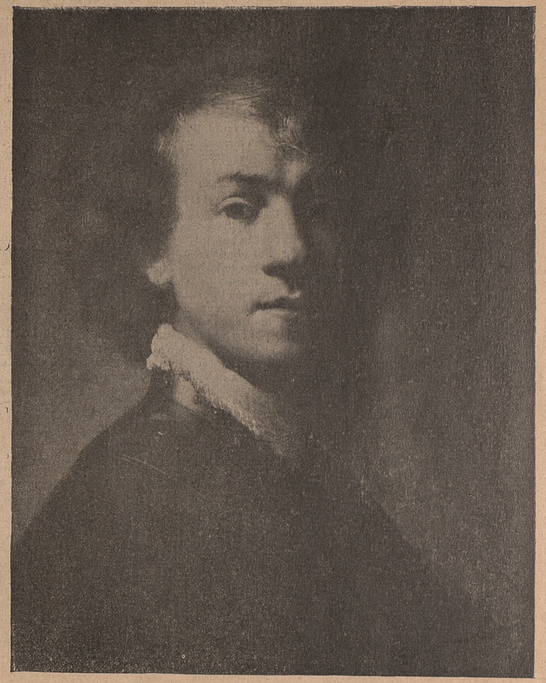
Dícese que Rembrandt tenía en su estudio algunas obras de Miguel Angel Caravaggio, y es verdad, pero nada prueba esto, pues también las tenía del Tiziano, de Rafael y de todos los grandes pintores de su época, puesto que el desmedido lujo de obras artísticas que había en su estudio, donde joyas de todas clases se amontonaban (y entre ellas una colección completa de bustos de emperadores romanos), fué la causa de la desgracia de Rembrandt, de su declaración de insolvente y de su total ruina.

No sólo tenía obras de los maestros italianos en su taller, sino que además de tenerlas, con profundo interés las estudiaba, y el benemérito Müntz ha demostrado que Rembrandt estudió la actitud dificilísima del cadáver que pintó en su cuadro *La lección del Dr. Deyman*, tomándola del *Cristo muerto* de Andrea Mantegna: inspirándose en los italianos, hizo al agua tinta el retrato de Andrea Doria y de igual manera *interpretó* con bastante libertad la *Cena*, de Leonardo de Vinci, y la *Antiope* del Correggio. Era hombre accesible á todas las influencias, por lo mismo que sabía dominarlas á todas con su independiente originalidad. Solamente no fué accesible, en nuestra opinión, á la influencia de los pintores paisanos suyos, y cuantos razonamientos hacen su excelente biógrafo Emile Michel y otros, para probar que tuvo muy presente al primitivo maestro Lucas de Leyden, parécennos especiosos y traídos por los cabellos. Antes y después de él, pecó siempre el arte holandés de trivial y reducido en sus concepciones. Solamente Rembrandt supo elevarlo á alturas á las cuales no ha vuelto á subir.

* *

En artículo recientemente publicado en el *Figaro illustré* expone Mr. Lafenestre algunos pormenores de la vida íntima de Rembrandt, sacados de los libros de Scheltema, Bode, Vosmaer, Michel y otros. Nada más entusiástico y alegre que la juventud del gran artista; nada más tierno é interesante que los ocho años de felicidad conyugal en compañía de su buena y bellísima Saskia; nada más triste y conmovedor que los años de la vejez del artista, su rápida ruina, su fin miserable. Fué poderoso, rico, respetado y adulado; murió en la pobreza y en el abandono, y, sin embargo, en lo esencial bien se ve que no se alteró su espíritu tranquilo y superior.

De los sucesivos estados de su alma, ya que no tengamos sino escasas noticias biográficas, nos quedan datos luminosísimos de admirable valor psicológico, de verdad inconcusa. Rembrandt trazó su propia biografía en una admirable colección de retratos al óleo, á la pluma y al agua fuerte, que cien veces ha reproducido el grabado, y en cada uno de los cuales se ve un aspecto, una situación, un momento de su vida externa ó de su vida íntima. De igual modo trazó repetidas veces los retratos de su padre, de su madre, de su mujer Saskia, de sus amigos íntimos. Las costumbres de la época y del país no eran ciertamente muy propicias para encontrar modelos inteligentes y dignos de ser reproducidos, y, por otra parte, era Rem-



Retrato de Rembrandt, joven.—Cuadro del mismo.

© Biblioteca Regional de Madrid

brandt hombre tan testarudo y tenaz en el estudio, que no creyó poder ni deber reproducir más que unas cuantas fisonomías en todos los aspectos posibles, y así se ve que en su propia cara encontró infinidad de expresiones y de rasgos distintos, así como en la cara redonda y burguesa de su padre, prototipo del industrial neerlandés, á quien tan bien cuadraban los atavíos militares como el modesto vestir del molinero. Con singular complacencia prestábanse á servirle de modelos igualmente su madre, una ancianita arrugada y modesta, una venerabilísima dueña, de fisonomía dulce y simpática, y su mujer Saskia, la *Artemisa ó Cleopatra* del Museo del Prado.

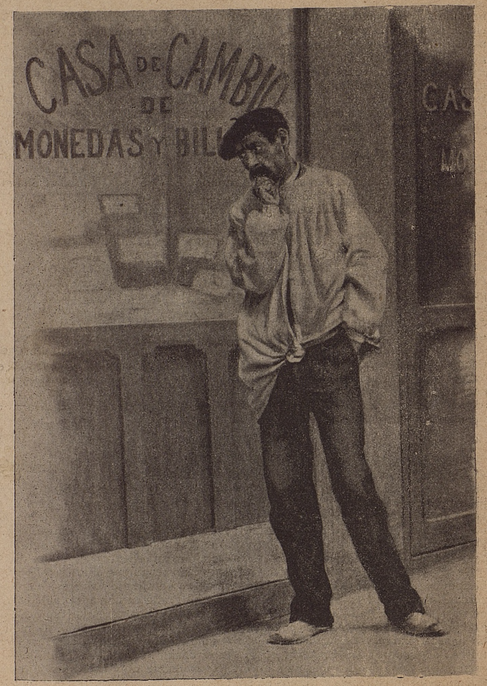
No es cierta, según creemos, la afirmación un tanto extravagante de Taine, quien dice que Rembrandt, como Balzac, había creado un mundo fantástico, dentro del cual vivía sin pensar en la realidad. Esto no tiene otro fundamento que el lujo extraordinario de que hizo gala el pintor de Leyden y su afición á vestirse él y los suyos con trajes y arreos estrambóticos, sin duda para variar el aspecto de la pintura; pero cuando Rembrandt se adorna la cabeza con un morrión de pieles y toma una actitud de gran señor, ó cuando viste á su padre con el peto y el gorguerín acerado de los arcabuceros, ó adereza á su madre con la monástica vestidura de las *béguines* holandesas, ó adorna á Saskia con un traje oriental, ó la pinta desnuda en su cuadro de *Danae*, no hace sino obedecer á necesidad puramente artística y servir á la verdad, á cuyo culto consagró toda la vida.

Por obedecerla y servirla no retrocede ante las crudezas de la anatomía, ni ante las mayores obscuridades y los tropiezos más inminentes. Por servir y obedecer á la verdad, aplica á la pintura el socrático *Nosce te ipsum* y empieza por conocerse á sí propio pictóricamente para conocer á los demás.

¿Habrá algo que añadir á lo dicho? ¡Oh! sí: la materia es inagotable, el estudio fácil y gratísimo, pero no hay tiempo. Finque el pleito en tal estado y contentémonos hoy con saludar respetuosamente en el día de su aniversario el nombre de aquel artista incomparable que se llamó Rembrandt Harmensz van Rijn.

F. Navarro y Ledesma

(Dibujos de Moya).



TEODORO ANDREU—Sin trabajo.

DIÓGENES EN EL PRADO

Las voces confundidas de tanta gente, el ruido de los coches y tranvías, los gritos de los vendedores, la azul transparencia del cielo no manchada por nubes, la olímpica majestad de *la Cibeles*, el eco vibrante de las canciones con que los niños acompañaban sus juegos en el Prado, no herían los sentidos de D. Juan Fernández y Rodríguez, encerrado en el calabozo ideal de su vieja misantropía, abstraído en las hondas meditaciones donde, como astilla de buque náufrago, le había arrojado la tempestad de la vida.

Fernández había luchado mucho con el ardor y las energías de la juventud, cuando su sangre, moza al llegar á su inmaculado corazón de niño, se encendía en el enamoramiento de ideales, fracasados ¡ay! antes de tiempo.

Derrotado en la prensa, en el club y en la barricada; transido de dolor por las traiciones de sus apóstoles, Fernández recogió, con la fingida gratitud de un mendigo, la credencial que le dieron, y fué presuroso á la oficina á esconder en ella sus prematuras canas, su rostro envejecido, su corazón desolado como si el invierno con sus nieves hubiera hecho estéril aquella tierra, honradamente fecunda.

Pasaba los días entregado al estudio de intrincados expedientes, trabajando en ellos con el afán de que su memoria, agobiada por nuevas impresiones, no recordara las pasadas amarguras. Era aquella pesadísima faena un cauterio aplicado á las heridas que los desengaños habían abierto en su alma; un cruento suicidio de sus ilusiones postreras.

Molestaba su seriedad y su silencio á los compañeros de oficina y un día, uno de ellos, mozo irreverente y deslenguado, le llamó Diógenes, queriendo ofenderle, que en aquella época era moda comparar con el filósofo griego á todos los tristes y abatidos.

La ofensa le dolió más que otros más grandes desengaños. ¡Diógenes él! ¡Él, escéptico! ¡Él, cínico! ¡Él, fervoroso creyente de la democracia, de la igualdad humana realizada por el amor de todos los corazones!

Y desde aquel día, cambiados sus vulgares Fernández y Rodríguez, por el apodo bien sonoro, que corría regocijado de boca en boca, el nuevo Diógenes, sin voluntad proconcebida, sin artificio, vivió para él solo, meditando siempre, hablando poco y no preocupándose en buscar un hombre, porque en las tristes ruinas solitarias de sus creencias encontraba que era él, creyente y bueno, el único hombre que existía.

***

A la niña de cabellos rubios le hacía muchísima gracia aquel anciano tan sério, que todas las tardes se sentaba á la entrada del Prado, que permanecía largas horas con la vista fija en el suelo y que algunas veces hacía gestos extraños como si se riñera á sí mismo.

Y pensando la rapazuela—que en este mundo no piensan solamente los fracasados y los vencidos,—llegó á deducir que aquel señor sufría una pena muy grande ó estaba loco.

¡Pobrecito! Debía ser muy bueno. En su mirada fija, en el abandono de su enmarañada barba, en la contracción de su boca, se veía una grandísima tristeza...

En aquel momento Diógenes estaba abismado en las más tristes meditaciones de su vida. Enamorado de la pudibunda virgen democracia, conservaba aquel amor de sus amores en el tabernáculo de su alma, donde no habían penetrado otras ideas.

Para él, abismado en una inexplicable vida interna, el pensamiento humano se había parado en firme, allá por los años 66 ó 67, como si la democracia fuera su último y definitivo credo. No pensaba en el porvenir; miraba las deserciones y las torpezas del pasado; y si alguna vez las mistificaciones del presente se le entraban, á pesar suyo, por los ojos, apartaba de ellas cuidadosamente su pensamiento, temeroso de que se contaminase de la degradación de un pueblo que no reclama su soberanía ni está de humor para ejercer los derechos individuales.

Pero aquella tarde, aquella hermosa tarde de verano, su espíritu se lanzaba en busca de nuevos pensamientos, mirando no al pasado borroso ni al presente, muy amplio para juzgado ahora, sino al horizonte, donde germinan las generaciones y las ideas del porvenir.

© Biblioteca Regional de Madrid

Diógenes miraba aterrado aquel derrumbamiento de sus creencias y sus amores de siempre; se sintió viejo; gastado el cuerpo en infecundos días; encerrado el espíritu en una cárcel, cuyos muros habían levantado sus manos mismas, ¡aquellas manos que ya no podrían amartillar el fusil en las barricadas gloriosas!

Pero, no; aquello no era muerte, no era aniquilamiento, porque su espíritu luchaba con fuerzas de titán... Era que la crisálida rompía su clausura de tantos años, extendía sus brillantes alas de mariposa y se lanzaba al espacio, en tarde llena de sol, bajo aquel cielo de azul transparencia y ascendía triunfante viendo en el porvenir las generaciones nacientes y las ideas nuevas que avanzan buscando apóstoles que las prediquen y héroes que las defiendan.

***

No vivía ya dentro de sí mismo. Colores y sonidos, los colores y sonidos de aquella tarde alegre y luminosa entraban á raudales en su cerebro y agitaban su corazón y crispaban sus nervios con espasmos de intensa alegría.

Y el cielo azul, el vocerío de la gente, el estrépito de coches y tranvías, la algazara de los niños en el Prado, felices en su inocencia como si con ella bendijeran las horas de delirante amor en que fueron engendrados, y delante de él, absorta en su espionaje aquella chicuela de cabellos rubios, se apoderaron de su espíritu con una pasión nueva ante la que huían las lobreguecés del pasado, como el sol del nuevo día ahuyenta despavoridas las sombras de la noche.

¡Qué hermoso el cielo, qué alegre la vida, qué bonita la niña de los cabellos rubios! Y esto, todo esto era el porvenir que no acaba de llegar nunca, cadena de interminables eslabones de oro á los que va la humanidad sujeta, siempre joven, luchando siempre por ideales que se renuevan con cada generación y cada hombre.

¡Qué obra tan insensata la suya! Quiso detenerse, abrazado á su ideal caduco, cerró los ojos, pensando que el día de su triunfo había de llegar pronto, y no vió que sus cabellos encanecían y su rostro se llenaba de arrugas, y que arrastrado á la muerte, ya cercana, no había amado ni había besado nunca los labios de una mujer ni la mejilla de un niño.

¡Pobre Diógenes! Sonreía beatíficamente, como los mártires que gustaban en el tormento dulces sensualidades, y amó la vida y gozó de ella un minuto en aquella tardía resurrección de su ser aniquilado.

***

¡Tardía y pasajera! El pensamiento recobró su dominio é hizo enrojecer las secas mejillas de Diógenes, porque aquella seducción de las bellezas de la vida era una abdicación vergonzosa de la fortaleza de su espíritu. Mirando la niña de los cabellos rubios había creido en las bellezas del porvenir, y el porvenir, como el pasado y como el presente es todo miseria y pequeñez. Aquella misma niña tan dulce, tan cándida, ¿de qué traiciones no será capaz y qué terribles amarguras no llenarán muchas veces sus ojos de llanto?

Diógenes sintió ganas de coger á la niña y decirle con una sola mirada: «Sólo la democracia es verdad. La igualdad producida por el amor de todos los corazones y luego el Gobierno del pueblo por el pueblo y los derechos individuales. Todo lo demás es falso; todo mentira.»

La niña de los cabellos rubios, espantada de la exaltación del viejo, huyó, perdiéndose en la niebla de polvo que el sol irisaba con sus últimos rayos.

Y el buen D. Juan Fernández y Rodríguez, asustado de sus tenebrosos pensamientos, fué á esconderse entre las modistillas que volvían alegres de las Ventas y los regocijados horteras que discutían el volapié recién dado en la Plaza.

Subía la cuesta de la calle de Alcalá encerrado nuevamente en el calabozo ideal de su vieja misantropía.

—Tenía razón—decía gesticulando—el mequetrefe de la oficina. ¡Eres Diógenes! ¡Eres escéptico! ¡Eres cínico! ¿De qué te sirve la vida, si la has amado un solo minuto?

DIONISIO PÉREZ

(Dibujos de F. Mota.)

© Biblioteca Regional de Madrid

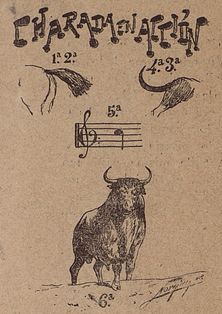
APUNTE DEL DÍA—Por Sileno

REVERTER.—¡Ya, ni agua!

DISTRACCIONES

FRASE HECHA

CHARADA EN ACCIÓN



JEROGLÍFICO

Soluciones al número anterior.

A la frase hecha: PISANDO HUEVOS.
A la charada en acción: BONETE.
A los jeroglíficos comprimidos:
JUEGOS DE MANOS, JUEGOS DE VILLANOS.
REINOSA.
FLORENTINA.
PALOMAR.
TRASTEO.
Al rosal:
ROSALÍA.
AMOROSA.
ROSARIO.
ROSALINA.
SINFOROSA.
ROSAURA.

R. ANGLÉS.—Imprenta y cromotipia.
3—*Fomento*—3

GRAN LIQUIDACION DE OBJETOS

DE ESCRITORIO

PAPELERÍA INGLESA

15, PRINCIPE, 15

Se realizan todos los artículos á precios sumamente reducidos.

© Biblioteca Regional de Madrid

BIBLIOTECA ARTÍSTICA

DETALLES DE ORNAMENTACION

DE LOS

PRINCIPALES MONUMENTOS DE ESPAÑA Y CON ESPECIALIDAD DE LOS HISPANO-ARABES

POR

Felix de la Torre

ARQUITECTO

Y

Francisco Aznar

Profesor de la Escuela centrál de Artes y Oficios y correspondiente de las Academias de la Historia y Bellas Artes de S. Fernando.

TOMO PRIMERO

San Juan de Los Reyes, *24 láminas y texto.* **Precio 15 pesetas.**

EN PRENSA

Estudio de los monumentos **Mudejares de Toledo,** *24 láminas y texto.* **Precio 15 pesetas**

Colegio de Santa Cruz—Toledo, *16 láminas y texto.* **Precio 10 ptas.**

Estudio de los principales monumentos **Románicos de Avila,** *16 laminas y texto.* **Precio 10 pesetas.**

La suscripción puede hacerse por cuadernos completos ó por entregas de cuatro láminas al precio de 2,50 pesetas.

De venta en las principales librerias y en la Administración de "APUNTES"

VALENZUELA, 10.--MADRID.

© Biblioteca Regional de Madrid